

DESEMBODEGANDO A LA CONSTANZA:
LA EMPERRADA, DE MARTA BLANCO

Andrea Parada

State University of New York, Brockport

El 18 de noviembre de 1834, don Diego Portales Palazuelos –ministro chileno del Interior, Relaciones Exteriores y Guerra y Marina entre el 6 de abril de 1830 y el 31 de agosto de 1831, y nuevamente entre septiembre de 1835 hasta su asesinato el 6 de junio de 1837– escribe una más de los cientos de cartas que dirigiera a su amigo y secretario personal don Antonio Garfias. A diferencia de la gran mayoría de ellas, no se refiere aquí a asuntos de estado ni de negocios, sino a Constanza Nordenflycht, mujer con quien tuviera una apasionada y dolorosa relación, mantenida semioculta, aunque fuera un secreto a voces (Faundes 58). Tras el encabezamiento “Instrucción reservada para don Antonio Garfias”, Portales le confiesa a su amigo: “Sabrá usted que la C... es de pésimo genio; se siente de todo y es muy emperrada y testaruda” (3: 355). Pasa luego a contarle detalles engorrosos de la relación entre esta y su tía Ana Josefa de Azúa y Martín de Poveda, quien fuera designada como ejecutora de las disposiciones testamentarias de doña Rita Cortés y Azúa. De acuerdo con lo que le contó Nordenflycht, continúa Portales, la tía recientemente fallecida la habría designado a ella como heredera de su fortuna. Portales termina su carta explicándole a Garfias el plan que él mismo ha diseñado para convencer a la reacia Constanza que regrese a casa de doña Ana Josefa a reclamar lo que le corresponde ya que “tenía hijos a quienes hacía falta cualquier cosa”, y él, su padre, “no tenía esperanzas de morir con fortuna que dejarles” (3: 358). “... como se consiga que la vieja la halague un poco, la embodegamos en la casa; si la vieja le da algo, bueno; y si no, bueno también, pues nunca ha de gastar más en ella que lo que gasto ahora, y sobre todo, y aun que me costase más caro, es lo regular y lo que debe hacerse” (3: 359).

Frustrado porque su plan aún no ha llegado a materializarse, el 30 de noviembre Portales le informa a Garfias que le manda abierta su contestación a una carta de

Constanza “para que le sirva a usted de gobierno sobre el modo como es necesario tratar a este Diablo para llevarla al fin que se desea” (3: 370). El día siguiente escribe a Garfías nuevamente: “No he podido menos que reírme al cotejar su estimada de ayer con la de doña Constanza de la misma fecha; usted lisonjeándose con cantar victoria a lo Federico, y ella cerrada como poto de mula en oponerse a la victoria. Yo sé que al fin cantará usted el triunfo si lleva las cosas con mucha maña y sin apurarlas; ... éste es el modo como puede disponerlo todo para embodegarla al fin” (3: 371).

¿Quién fue, realmente, esta mujer a quien Portales caracteriza como “naturalmente enferma”, y a quien advierte “es necesario tratarla con tal tino y ciertas consideraciones para que tenga yo que vencerme”? (3: 358) ¿Qué tipo de vida experimentó este personaje femenino de nuestra historia, en apariencia porfiado y desafiante, que Portales se empeñó en erradicar de su existencia y que la historiografía chilena ha silenciado y devaluado? Más de un siglo y medio después de que el ministro diseñara su plan para “embodegar” a la “emperrada” Constanza Nordenflycht, Marta Blanco publica, a modo de respuesta ficcionalizada, su novela *La emperrada* (Santiago: Alfaguara, 2001. 190 p.). No obstante, esta es la segunda novela que aparece recientemente en el país sobre el período conocido en la historiografía chilena como el “régimen portaliano”. A diferencia de su predecesora, la novela *La ley del gallinero* de Jorge Guzmán (Santiago: Sudamericana, 1998. 392 p.), la novela de Blanco estructura la desmitificación del discurso histórico a partir del personaje femenino. *La emperrada* responde al interés de la escritora por rescatar la voz de un personaje de la historia chilena que, a pesar de su relevancia, se destaca por su ausencia en las fuentes históricas disponibles: Constanza Nordenflycht, aristócrata peruano-polaca, amante y madre de los únicos tres hijos reconocidos que tuviera el ministro Diego Portales. Así explica Blanco su opción por el punto de hablada femenino: “me di cuenta de que [Constanza] era una aparecida, que se evaporaba. Los hijos estaban ahí, Portales estaba ahí —el gran testimonio es el suyo— y sin embargo en la historia ella era un fantasma. Tuve que ver debajo del agua. Siempre estuvo ahí y este país no la quería ver.... O sea, la veían y se hacían los cuchos. Es el doble discurso, la hipocresía natural que nos embarga” (Berger 4).

El propósito literario de Marta Blanco no intenta reconstruir la Historia, ya que, como observa Gabriela Mora a partir del caso de otra notable figura histórica chilena —Catalina de los Ríos y Lisperguer, conocida como La Quintrala— después de las contribuciones de Michael Foucault y Hayden White ya “no es novedad considerar la escritura de la Historia como un discurso más en que pesan tanto los recursos retóricos como la ideología del historiador” (61). Su proyecto es, más bien, rescatar del vacío la voz del personaje condenado a la periferia para reincorporarlo

como fisura al orden patriarcal y proponer así al menos una versión alternativa al discurso histórico oficial¹.

A diferencia de la popularidad y rango de mito nacional alcanzado por otro personaje femenino de relevancia en la historiografía chilena –Catalina de los Ríos y Lisperguer o “La Quintrala”–, escasa es la información que trasciende sobre Constanza Nordenflycht al discurso popular chileno. Poco y nada se sabe de ella, y en las contadas ocasiones en que su nombre sale a relucir, su identidad aparece tangencialmente delineada junto a la proyección mitificante que alcanza el ministro Portales, una de las figuras más alabadas de la historia chilena, a pesar de sus constantes intrigas, abusos y maltratos (Marks). Cuando la figura femenina por fin aparece con cierta nitidez, se hace evidente que la ideología positivista y el determinismo racial que caracterizara la historiografía decimonónica permea aún el siglo que le sigue. En la historiografía del siglo veinte, Constanza Nordenflycht pasa a la fama como portadora de una inclinación especial al placer sexual y la seducción, rasgo que emerge de una filiación nacional diferente a la nativa.

Exactamente un siglo después de la muerte de Diego Portales y Constanza Nordenflycht, en 1837, Guillermo Feliú Cruz, uno de los dos recopiladores de los tres volúmenes de cartas de Diego Portales, se ve obligado a dar un “retrato biográfico” de la señora Nordenflycht, debido a que ya son varias las referencias que hace el ministro a ella sin establecer su filiación. Si bien Feliú Cruz rescata a la mujer de la posición tangencial a la cual la reduce Portales y le asigna un espacio más destacado en el reparto de personajes que circulan por el epistolario que prepara, su acción es más bien tibia. Su acto vindicatorio aparece recién en una nota a pie de página (o de páginas, más bien, ya que abarca más de dos páginas casi completas) al llegar a la página 355 del tercer tomo. A partir de “una miniatura de su tiempo, pintada en marfil”, Feliú Cruz nota que, a pesar de la pobre calidad artística del grabado que contempla, doña Constanza era una mujer hermosa y “galante de los días del Directorio”, digna de acompañar a las más respetables damas “que dieran tono a los salones cortesanos de la Francia democrática y republicana en camino entonces al Imperio” (3: 356)². La asociación con un modelo político francés revolucionario y progresista, que se distancia de la iglesia para depositar su fe en la razón, sitúa la extranjería de Constanza en el contexto de una identidad nacional que, en apariencia, es

¹ El “escrutinio de las verdades canonizadas” constituye, para José Promis, uno de los intereses dominantes de la narrativa contemporánea, la cual con frecuencia recurre a la imaginación para desestabilizar verdades ingenuamente establecidas (4).

² El Directorio (1795-1799) se refiere a la primera república francesa formalmente constituida después de la revolución de 1789.

cívicamente superior a la americana. Esta viene acompañada, sin embargo, por una conducta “emancipada de perjuicios”, que se desvía de la normativa. El historiador no intenta esconder su admiración por una feminidad alternativa y trasgresora que desafía el sistema de valores que regía las normas de comportamiento del Chile fundamentalmente católico de esa época, rasgo de personalidad que para Feliú Cruz nuevamente emerge del árbol genealógico de Nordenflycht. Tanto la intensidad del carácter femenino como la naturaleza trasgresora de su conducta se explican mediante la relación de causalidad que establece entre lazos sanguíneos y conducta sexual liberal:

Constanza era hija del Barón Timoteo de Nordenflycht, polaco consejero del rey de Polonia; [quien] ... se casó en Lima con doña Josefa Cortés y Azúa... Por las venas de esa mujer corría, pues, sangre alemana, lo que vendría a hacerla con el andar del tiempo una burguesita germánica, amadora del placer y del amor, sin escrúpulos ni mojigaterías cristianas, sin el absurdo concepto moral de que la relación sincera de un hombre con una mujer es un pecado que lisa el afecto de dos almas... Se enamoró de Portales. Concibió una pasión violenta por el comerciante chileno que se debatía entonces entre una serie de fracasos y un torbellino de licencias, francachelas y amoríos... Vehemente y apasionada, sensual en la expresión de su ternura, altiva, terca y displicente a veces, tesonera para aprisionar y hacerse apreciar del hombre a que había dado su corazón sin una sombra de reserva, dulce en las horas de reposo y de quietud, punzante y enardecida cuando Portales la esquivaba (3: 355-56).

El choque entre la autonomía femenina y el ambiente represivo y religioso en el que operaba “el terco estiramiento de la aristocracia colonial” lo enlaza Feliú Cruz a la diferente filiación religiosa de los Nordenflycht: “... el medio en que se desenvolvía su vida limitaba las delicadezas paganas de su espíritu” (3: 356). Su retrato psicológico incluye, además, rasgos típicos de la retórica sobre el género sexual que acompaña sistemas sociales patriarcales: escinde el signo mujer en la dualidad antitética Eva/Madre Benéfica, cuyo imaginario se modela en función de la seducción y el exceso femenino en oposición a lo espiritual y lo sublime (Guerra): “Especie de Margarita, en su suave candor de muchacha, la pasión desbordará en ella hasta la maternidad con una fuerte noción del deber que le impone la nueva circunstancia de su estado...” (3: 356-57). Bastante menos favorable es la opinión que de ella expresa Domingo Melfi en su ensayo “Portales a través de sus cartas”, incluido en el tercer tomo del *Epistolario*: “[Portales] sentía por ella el hastío de la carne a que se ha hecho referencia en una carta anterior. Había dejado de satisfacerle, como ya se ha visto en otra carta y experimentaba hacia ella el sordo descontento del hombre al que la mujer fatiga con su majadera insistencia sexual” (102).

Es evidente, y en cierta medida esperable, el peso “nocturno” del contexto histórico y la fuerza de la cultura chilena de la época en la reconstrucción del retrato biográfico de Constanza Nordenflycht que ensaya Cruz en su discurso historiográfico. Sorprende, sin embargo, que en un período posterior al auge del *nuevo historicismo* aún persista la tentación a aceptar ciertos hechos como verdades legítimas, sin explorar la ideología que subyace al punto de hablada del historiador. Me parece difícil de justificar que el historiador chileno contemporáneo Alfredo Jocelyn-Holt –en un libro catalogado por el jurado que lo premió en 1996 de “renovador, situado en las posturas más actuales de la historiografía nacional, [que] propone una reinterpretación de nociones básicas del desarrollo social chileno”– acepte versiones ingenuas de la relación entre el estadista y la joven extranjera³.

En el capítulo titulado “Portales: un romántico, escéptico del poder”, Jocelyn-Holt critica lecturas tradicionales y mitificantes de la figura de Portales, que pretenden “desproblematizar la historia nacional” (106), para más adelante plantear una nueva y alternativa visión del personaje histórico en el cual se ha transformado hoy en día el ministro. En el caso de Constanza Nordenflycht, sin embargo, él mismo cae en el error que detecta en el discurso historiográfico de un sinnúmero de colegas, desde Benjamín Vicuña Mackenna a Sergio Villalobos: se queda corto, elude y “no logra captar en plenitud al personaje” (129). Sin “tomar debidamente en cuenta el complejo sustrato psicológico” (129) de ambos individuos involucrados, Jocelyn-Holt parafrasea la versión misógina de Nordenflycht que aporta el historiador Francisco Encina, confirmado así que su discurso adolece del mismo mal que diagnostica en su disciplina: “Ello demuestra cuán incapaz ha sido la historiografía reciente de encarar el tema [portaliano] y proporcionar interpretaciones novedosas al respecto” (127).

No es de asombrarse que la misoginia de Portales emerja a lo largo y ancho de su epistolario y que insista en el uso de la forma posesiva en la tercera persona –sus hijos (de Constanza)– al referirse a los tres hijos que engendró para rehuir las responsabilidades paternas que le corresponden. Tampoco lo es, teniendo en cuenta los parámetros ideológicos de ese preciso momento histórico, el hecho que en su ensayo “Portales: Bosquejo psicológico”, el historiador Francisco A. Encina interprete “el libertinaje” del ministro a la luz del psicoanálisis freudiano y concluya que sus desajustes sentimentales responden a un mecanismo de defensa ante el dolor emocional provocado por la prematura muerte de su adorada esposa:

Ya no volverá a amar; el amor ha muerto para siempre. Las organizaciones sentimentales de su temple, sólo aman una vez en la vida... Tres asilos se abrían

³ Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

por delante... [Las puertas del misticismo... se las cerró (el exceso de dinamismo voluntario)... No había nacido artista.] Le queda sólo el último, el del libertinaje; y en el se sumergió momentáneamente con todo el ardor de su naturaleza impetuosa. No es un vicio; es una distracción; una venganza contra el destino; una especie de necesidad de encanallar su delicadeza sentimental. La mujer sólo será en adelante objeto de placer; una exigencia de su temperamento sensual. La perseguirá con ardor y la rendirá a su voluntad viril (*Epistolario* 1 109).

¿Cómo justificar, sin embargo, que largo tiempo después de las propuestas revisionistas de las décadas de 1970 y 1980, Jocelyn-Holt utilice el eufemismo “vida azarosa” para referirse a una situación familiar abusiva y asuma como verdadera la posibilidad de que una niña de 14 a 15 años fuera capaz de seguir al estadista hasta Chile, lo hiciera sucumbir a su intensa pasión y lo presionara a mantener una larga y tormentosa relación por más de 12 años, y todo esto en contra de su voluntad? La construcción pasiva que elige para referirse a la madre de los únicos hijos reconocidos de Portales: “Le dio tres hijos” (117) –Portales como objeto indirecto en lugar de sujeto de la triple paternidad– resulta cuanto menos inapropiada, al tratarse de un hombre a quien él mismo describe como poseedor de una “personalidad avasalladora” (111) y “una sensualidad desbordante” (112), “intuitivo, radicalmente escéptico frente al poder ... fuerte, que asume sin tapujos el mando” (115)⁴. Si al historiador le resulta creíble la leyenda de “chinero” (117) que rodea a un Portales de “frialdad apasionada” (128), a mí me parece increíble que un hombre del talante de Portales se rindiera al poder de una adolescente 14 años menor que él⁵. Al erigir una imagen

⁴ La siguiente es la información que proporciona Encina sobre la relación entre Nordenflycht y Portales en el mencionado ensayo: “Constanza, ... siendo joven, huérfana y soltera, conoció a Portales en Lima. Concibió por él una violenta pasión, lo siguió hasta Chile y tuvo de él tres hijos” (109).

⁵ Todas las fuentes consultadas para este ensayo coinciden en que Constanza Nordenflycht murió en Santiago el 23 de julio de 1837 a los 29 años de edad, fecha que consta en los libros de defunción del cementerio (no aclara cuál, pero suponemos es el Cementerio General de Santiago, ya que la foto de la portada del libro de Marta Blanco corresponde a la lápida de Constanza Nordenflycht de Cortés y Azúa, del Patio Histórico del Cementerio General de Santiago), bajo el número 262, el día 24 de julio de 1837. Su fecha exacta de nacimiento no aparece en ninguna de ellas; de acuerdo con la novela, sin embargo, ella habría nacido el 23 de octubre de 1805, por lo que de ser correcto habría muerto a los 31 años. Encina indica que no pudo obtener su fe de bautismo, pedida a Lima, pero que según “anotaciones que don Pacífico Encina fue haciendo a medida que leía el libro de Vicuña, la señora Nordenflycht tenía 16 años cuando se vino a Chile, en 1823” (112). De acuerdo con Feliú Cruz, “Constanza se enamoró de

doméstica de Portales como víctima del acoso amoroso, el historiador precisamente “magnifica la actuación” y “descontextualiza” a ambos personajes de la historia chilena (129)⁶.

La novela de Marta Blanco, como la mayoría de las novelas “desestabilizadoras del mito” (57), tomando prestada una expresión de Lucía Guerra, ofrece una visión de Nordenflycht y Portales que intenta precisamente lo contrario: contextualizar la relación y explorar la problematicidad del personaje histórico femenino que Portales catalogara de *emperrado* y *testarudo*. *La emperrada* –al igual que lo fuera una década atrás la novela *Maldita yo entre las mujeres*, de Mercedes Valdivieso– “como contratexto subversivo es una resemantización con el propósito político de crear, para la mujer, en su posición de otro subordinado, un sentido distinto de su identidad y su lugar en el mundo” (Guerra 57). La Constanza Nordenflycht de Blanco es una Constanza contestataria que “hastada del olvido y las mentiras” (22) emerge desde el silencio de su tumba para disputar el anonimato y la subordinación impuestas por su condición de mito.

Con el objeto de desentrañar la compleja personalidad de la mujer a quien tanto el discurso popular como el histórico identifican de manera reduccionista como la madre de los tres hijos de Diego Portales, Marta Blanco recurre como estrategia narrativa a la composición musical de la fuga. Inaugura el relato un fragmento titulado “Amago en Re”, a cargo de un narrador-cronista que proporciona un resumen de los sucesos históricos más relevantes al período portaliano, entre los cuales se suceden la batalla de Rancagua, la reconquista, la escapada de la muerte de Camilo

Portales. Concibió una pasión violenta por el comerciante chileno... Portales no llegó a persuadirse de su amor. Tenía apenas 14 a 15 años. En 1818 se vino a Santiago para vivir con su tía abuela... De esta fecha datan las relaciones correspondidas con Portales (3: 356-57). Según Faundes, Portales conoció a Nordenflycht en “Lima, en 1821, y enamoró cuando aún era quinceañera” (58).

⁶ Entre las fuentes consultadas para este ensayo, la visión actual más favorable de Constanza Nordenflycht es la que aporta Juan José Faundes en su libro *Diego Portales. Dossier de un estadista*, publicado en 1994 por Zig-Zag, como parte de su colección “Grandes figuras de nuestra Historia”. Esta “biografía novelada” de Portales, en palabras del propio autor, reconoce la opinión que el ministro tiene de las mujeres como “propia de la cultura machista de su época” y su rechazo al matrimonio como parte de “la lucha inconsciente de su energía interna contra los moldes e instituciones sociales, contra el padre impositivo que ellas representarían” (56). Agrega que “Su mujer, Constanza de Nordenflycht... a la que enamoró cuando aún era una quinceañera, y con la que a lo largo de su vida tuvo tres hijos –Rosalía, Ricardo y Juan Santiago–, debió soportar que jamás quisiese formalizar socialmente la unión con ella, por vía del matrimonio, y que la mantuviera siempre en casa aparte” (58).

Henríquez, la cruzada de la cordillera de O'Higgins, la conquista de Chiloé por Freire y su destierro a Juan Fernández y luego a Australia. Se articula, en esta sección, la visión de una patria inmersa en la inestabilidad, la contradicción y la guerra: "La Patria. Hecha, deshecha, contrahecha. Siempre lista, la Patria" (19).

El resto de la novela se ensambla a partir del mismo modelo narrativo que ensaya la novela *Maldita yo entre las mujeres* (1991) para articular una versión feminista de otra polémica figura histórica chilena: La Quintrala. En ambas novelas, la polivalencia del signo mujer emerge a partir de un texto dividido entre un discurso autobiográfico y uno en tercera persona, colectivo y casi siempre anónimo, que confirma, contradice o amplía la historia de la narración en primera persona. Las dieciséis secciones que siguen al capítulo introductorio de *La emperrada* se dividen en dos secuencias paralelas que organizan, a modo de contrapunto, hechos históricos junto a detalles de la vida íntima de los protagonistas. Mientras que el encabezamiento "Aunque no quieras, Yo" articula casi en exclusiva la perspectiva del personaje principal, Constanza Nordenflycht, las secciones tituladas "Dicen, por ahí" aglutinan las voces del coro, entre las cuales prevalece la de un anónimo testigo ocular de los hechos. Alternan con ésta, entre otras, la voz del mismo Portales, la de Mercedes Barros, una de las amantes del ministro, y la de Juan Nepomuceno Manquela, soldado indígena del ejército del general Vidaurre. Finaliza la novela con una sección titulada "Fuga en tres notas," subdividida a su vez en tres fragmentos numerados consecutivamente. El primero corresponde nuevamente al testimonio anónimo. El segundo es una breve confesión de Constanza, quien suplica clemencia para con sus hijos bastardos desde el lecho de enferma. El tercer fragmento otorga la palabra a la perspectiva sagaz e irreverente de Jacoba, la esclava negra de Nordenflycht y el único personaje claramente ficticio según Blanco (Berger). Si bien la autora privilegia como procedimiento polifónico los monólogos, también utiliza la confesión para representar la naturaleza fragmentaria y a veces contradictoria que define la interacción entre los personajes. Entre los destinatarios aludidos en las 16 secciones es posible identificar al ministro Portales, a su hija Rosalía, al ministro Mariano Egaña, a Timoteo Nordenflycht, al rey Felipe Segundo, y a un anónimo cura confesor.

El traspaso de la narración inicial a cargo de un narrador no representado a Constanza Nordenflycht, primero, y luego a los diferentes miembros del coro, coincide con una disposición cuyo orden es *in extremas res* y su final circular. Constanza muerta, erige su voz desde el sepulcro para explicar su propia versión de los hechos que la han llevado a ese trágico final. Desde la novedosa posición enunciativa que le otorga Marta Blanco, Nordenflycht se dirige a Portales para moldear un linaje que establece claramente sus lazos de filiación: *hija* de una Cortés de Azúa, *mujer* de Diego Josef Portales y Palazuelos, *madre* de Rosalía, Ricardo y Juan Santiago. Si en cierto historiador chileno podíamos detectar una ideología discriminatoria en la

atribución de elementos “inmorales” a la inmigrante, la novela muestra, por el contrario, que si bien la protagonista está muy consciente de su extranjería, ella la vive como condición que provee un modelo privilegiado de conocimiento. La consanguinidad con lo polaco, por parte del padre, aparece asociada a la cultura y al derecho de la mujer a tener una educación, educación que se hace posible gracias un sistema de progreso europeo donde el saber, si bien se transmite por vía masculina, no hace distinción entre el sexo de sus pupilos: “[Mi padre] nos instruyó, a mis hermanos y a mí en las matemáticas y la historia universal, la astronomía y la ciencia natural, la biología y hasta la medicina. Era muy sabio nuestro padre” (53). En contraste, denuncia la narradora, esta libertad le es negada a la mujer chilena, quien habita un espacio signado por el retraso y la ignorancia. Lo español-peruano, por parte de la madre, refuerza lo anterior. Geográficamente, el territorio virreinal opera como ciudad letrada, antítesis del atraso provincial del país vecino: “A veces te olvidas [Diego Josef] que nací en Lima y me eduqué en el virreinato hasta los doce años. Es muy distinto aquí, donde no educan a las mujeres, las domestican” (55-56).

Como respuesta a la mortificada existencia en el plano de la ilegalidad impuesto, el discurso novelesco de Nordenflycht recupera semánticamente —mediante el uso de la construcción *mujer de Diego Portales*, siendo la construcción *mujer de* sinónimo de esposa en Chile— la función identitaria legal que le fuera tercamente negada por el ministro, acto tácitamente aprobado por la sociedad chilena a pesar de que oficialmente consideraba el matrimonio como institución fundacional. Con la elección del posesivo en la frase “*Nuestros hijos, Portales*” (20), Nordenflycht rechaza la categoría de bastardos forzada sobre sus tres hijos y les instituye un estatus legítimo. Establece además, la doble responsabilidad sobre el fruto de sus relaciones sexuales. A pesar de la falta de un contrato matrimonial que defina las fronteras de lo lícito e ilícito y prescriba los comportamientos social y legalmente esperados de cada uno de los cónyuges, la narradora especifica que la paternidad es una obligación inherente al acto biológico de engendrar un hijo, la cual se traduce en relaciones de parentesco innegables donde la voluntad no tiene cabida.

La voz del coro autoriza la actitud resentida de la madre —“Pero tú renegaste de nosotros, Diego Portales. Te importaban un comino los hijos. Resultaste un experto en hacerte el cucho, negándoles la vida. Y a los vivos, negándoles el nombre. Andabas sumido en juramento de fidelidad transida, viudo eterno, puras excusas”— (53); el testigo anónimo, quien se caracteriza a sí mismo como “un republicano antártico” (44), comparte con su compadre Egaña la empatía que siente por la amante/madre abandonada y reprueba al ministro: “Usted sabe la historia con la sobrina de la marquesa, es otra gran tragedia en estos momentos, jamás se decidió a contraer matrimonio con ella y ha dejado tres hijos sin más derechos que la miseria y la orfandad” (41). Irónicamente, el decreto presidencial firmado por Joaquín Prieto el 31 de agosto de 1837 legitimaría, menos de dos meses después de fallecidos ambos

padres, a los tres hijos que tuvieron Portales y Nordenflycht: Rosalía, Ricardo y Juan Santiago Portales Nordenflycht⁷.

A partir del concubinato que define la relación de la pareja y un territorio nacional compartido, el texto de Blanco establece un vínculo solidario entre Nordenflycht y otros dos personajes femeninos de la historia hispanoamericana que, como ella misma, fueran amantes de hombres *notables* y despreciadas por la sociedad de su época: la Perricholi, apodo de la mestiza peruana Micaela Villegas (1748-1818), y la ecuatoriana Manuela Sáenz (1797-Perú 1856)⁸. Al llegar al puerto de Valparaíso a los 13 años, desde Lima, Constanza evoca, como símbolo premonitorio del futuro que la esperaría en Chile, el fantasma de su compatriota, quien años atrás escandalizara a la sociedad del Perú al ser la amante del virrey don Manuel Amat y Junient: “caminando desnuda, antorcha de plata encendida, niña, anda en luces de pecado y los que la han visto saben que es de piedra pulida y calza sandalias de oro” (81).

Lo que unifica, en la novela de Blanco, a las dos peruanas con la tercera figura histórica femenina no es exactamente la nacionalidad, sino la conexión con un espacio geográfico asociado a la marginación y el rechazo social. Recordemos que Manuela Sáenz, mujer que a pesar de su influencia política y su papel como importante confidente de Simón Bolívar pasaría a la posteridad como una de las más famosas adúlteras de la historia hispanoamericana, fue rechazada en Ecuador tras la muerte del libertador en 1830 y debió exiliarse en Perú. Vivió allí durante los próximos 25 años, vendiendo tabaco y traduciendo cartas del inglés, hasta su muerte durante una epidemia de difteria. Aunque Blanco imita, en parte, la visión estereotipada y caricaturesca de la quiteña en su novela –“Manuela Sáenz, la amable loca” (82)– también aplica su ideología desestabilizadora del mito al explorar diferentes matices de la identidad femenina y política de Sáenz e incorporar la reciente reivindicación feminista que la erige como signo de la mujer inteligente, sexualmente liberada y políticamente comprometida:

Las limeñas irán a confesión cuando Manuela Sáenz les deje caer encima el aceite hirviendo de sus costumbres desacostumbradas, y las llene de espanto por las noticias de sus amores... (81)

⁷ En la carta del 13 de mayo de 1832, escrita a Antonio Garfias, Portales solicita la cooperación de su amigo en su proyecto de casarse póstumamente con Constanza Nordenflycht, quien se encuentra gravemente enferma de escarlatina, para “hacer menos desgraciados a los inocentes frutos de mi indiscreción y juventudes” (2: 201). La mujer se salva sin nunca llegar a legalizar sus relaciones con Portales.

⁸ Ricardo Palma ofrece una perspectiva bastante favorable de Micaela Villegas en su tradición “Pues bonita soy yo, La Castellanos”.

Ella se fue a Quito con la excusa de cobrar una herencia y se convirtió en una patriota tremebunda, espionando hasta el arzobispo con sus negras... Fue Manuela la que le dio a Bolívar los secretos para negociar con San Martín en Guayaquil...

Nadie se la podría contra ella, ni los marqueses ni los condes enchapados como algún mueble Boulle en sus pelucas y sus levitas, ni mucho menos los generales, que se armaron de paciencia al no poder armarse de otra cosa. Manuela Sáenz era arrogante y audaz y hablaba como pirata. (83)

A nivel textual entonces, el nombre de Constanza Nordenflycht se suma al de otros dos personajes históricos para sellar un trío femenino signado por el peso de una leyenda que se basa en un modo de comportamiento femenino impropio, producto de una sexualidad desenfadada y trasgresora. Como amantes de importantes figuras políticas, las tres comparten la experiencia de haber sido marginadas y ridiculizadas en el imaginario nacional por infringir las reglas de moralidad instituidas. Marginalización que, para el caso de la mujer, socialmente deviene, con frecuencia, locura y, por lo tanto, necesaria reclusión. La relación metonímica entre locura y disidencia, ya sea política o ético-moral, como estados anormales del ser humano que amenazan la estabilidad de una realidad definida consensualmente por el orden patriarcal como “normal”, converge, en un vínculo transcontinental, con otros personajes históricos a modo de propuesta diacrónica de la infamia femenina. En un discurso dirigido al rey Felipe Segundo, Nordenflycht se identifica con las hermanas Catalina de Aragón y Juana La Loca, suegra (y tía abuela) y abuela del rey, respectivamente: “Es a las mujeres a las que embodegan, estúpido hombre del cinquecento” (131). Además de las raíces europeas —“Yo soy como tu abuela, Felipe II. Llevo sangre alemana, sajona, sangre de otras latitudes” (134)—, este nuevo trío femenino comparte la etiqueta de mujer desquiciada/rechazada, sujeta al *embodegamiento* o expulsión del espacio público. Ambas hijas de los reyes católicos, así como Constanza, fueron consortes de figuras políticas acostumbradas a mantener múltiples relaciones sexuales. Tanto a Juana y a Constanza la leyenda las recuerda por su celotipia y la repercusión dramática que la muerte del ser amado ejerce en sus vidas: la psicosis en la primera y la muerte en la segunda. Así como Enrique VIII encerrara a Catalina en el castillo de Kimbolton, y Juana fuera recluida definitivamente en un monasterio de Tordesillas, luego de ser declarada demente, Portales embodega a Constanza en la casa de su tía Josefa. En el caso de Constanza, sin embargo, el diagnóstico de “neurasténica” tiene una doble finalidad. Su agencia femenina es peligrosa no solo porque su propia subjetividad deconstruye los paradigmas de género sexual instituidos, sino porque además intenta transgredir las leyes de herencia sobre la cuales se erige la nación. Consciente del poder subversivo del conocimiento, Constanza abre el acceso a la educación al grupo subalterno representado por la sirvienta Jacoba: mujer,

de clase baja y negra: “Pasaba horas tajando plumas aunque la negra no quería meterse con la letras... Pero se le convirtió en una obsesión, una idea maniática, al menos no le dio por meterse en asuntos del gobierno, como a Javiera Carrera” (100). “Mire que enseñarle a leer a la Jacoba. Ahora la manda a apostar en las riñas de gallo” (102).

La novela de Blanco, además de rescatar el discurso de un personaje femenino desde las tinieblas de la historiografía nacional, también cuestiona la imagen mitificada de una de las figuras masculinas más admiradas de la historia política chilena. La protagonista confronta la figura mítica que de Diego Portales ha esculpido la tradición popular, con el peso de un contratexto cuyos cimientos responden a una experiencia personal femenina validada por la voz del coro. Nordenflycht denuncia la personalidad despótica y cruel del ministro así como la hipocresía de una sociedad patriarcal que se aferra a una visión del mundo paradigmática del doble estándar de género sexual. Corrobora la veracidad del elemento discriminatorio, tanto a nivel racial como sexual, que descubre el discurso femenino en una narración anónima masculina cuya autoridad discursiva proviene de la relación de complicidad que gozara al facilitar las múltiples conquistas amorosas del ministro: “Sentábamos a los indios en la pica, les cortábamos la nariz y los talones y los cojones a los esclavos y a los indios y hoy en día encontramos más pecadora a la amante de un ministro que a un ladrón de fiscalía. Cualquiera se puede llevar el país en una carreta para la casa siempre que vaya a misa los domingos con su esposa” (66). La novela insiste en extrapolar la misoginia chilena más allá del período portaliano, al presagiar que la sociedad chilena elegirá “hacerse la cucha” ante tan “endemoniadamente rabioso y parrandero” (25) héroe nacional y aceptará como válida la versión depurada del político: “...te apuesto tus nueve nombres y los cuatro míos que improvisarán contigo un monumento a la corrección y al buen estilo” (21)⁹.

⁹ A modo de comentario sobre esta cita de la novela incluyo dos versiones “no ficcionalizadas”, en el sentido clásico de la palabra. En la carta de 17 de agosto de 1932 Portales escribe a Garfias: “No hay paso de mi vida que no pueda publicarse, a excepción de las miserias de la privada en que tampoco haré el peor papel, porque mis debilidades van acompañadas de honradez”. Le sigue la siguiente nota a pie de página de Guillermo Feliú Cruz: “Declaración que la historia y la investigación histórica han confirmado ampliamente. El carácter moral de Portales es uno de los más enteros de los que registra la vida de nuestros hombres públicos. Aun sus deslices privados en materias de amores y amoríos, indiscreciones y frutos de esas aventuras, tienen dignidad” (2: 255). En el libro *Portales íntimo. Las mejores cartas del gran ministro*, Hernán Díaz Arrieta discute la vida íntima del ministro en un capítulo titulado “Las mujeres”, y sostiene que “la nota que resuena en su corazón con más firme y entonada continuidad es el gran placer que le producen las mujeres. ¡Ah! de eso no cabe duda... Nada de

El discurso de Nordenflycht mediatiza, sin embargo, estas dos posturas extremas al rescatar las vicisitudes de la personalidad masculina: “Pero yo conocí tu corazón amaestrado en la impaciencia, melancólico hasta el vértigo, turbulento y solitario” (23). Me parece importante mencionar aquí que el tono del discurso ficticio hace eco de una cara de la vida sentimental de Portales que solo Jocelyn-Holt aborda de manera tangencial al afirmar, basándose en una carta del 13 de diciembre de 1834, que: “Portales es frío y lúdico, pero no frívolo” (118). Justifíquela o no, la mayoría de los estudiosos de la biografía del ministro están de acuerdo en que la vida amorosa del político estuvo marcada por sentimientos misóginos¹⁰. Ninguno trae a colación la profunda vulnerabilidad que subyace a la confesión que hace a Garfías de sus verdaderos sentimientos por Constanza Nordenflycht. Portales, prisionero de la rigidez binaria que él mismo usa para justificar su carencia de relaciones de respeto mutuo con el sexo opuesto, acusa la pena que le causa el hecho que su amante se sienta rechazada físicamente por él, cuando la verdad es que a su edad, admite, “la belleza física de una mujer no puede impresionarme con la fuerza que produce en la juventud ese extraordinario atractivo de la mujer” (3: 393). A continuación le pide a su íntimo amigo que exprese a Constanza sus verdaderos sentimientos, del todo inapropiados en su modelo de masculinidad:

... se encuentra tanto o mejor que antes, porque la jovencita que hace años conocí, ha adquirido toda su verdadera condición femenina... Siento por esta mujer la más fuerte afección y el más sincero sentimiento de cariño. Yo no se lo he demostrado, porque mi natural me lleva a la reserva y porque también no es nada agradable para un hombre de mi situación hacer alarde de amor, cosa propia de jóvenes sin experiencia... a veces he sentido los ímpetus de romper

suspiros, rodeos ni preliminares... Va recto al grano y nunca deja “la presa por la sombra” (34)... Concede toda su importancia al elemento fisiológico en el amor” (35). Más adelante, Díaz Arrieta se pregunta “¿Hubo alguna pasión sentimental en la existencia de Portales? La correspondencia no trae ningún indicio de este aspecto” (37). Luego de citar una carta de 1822, donde Portales anuncia su intención de romper con una tal Julia y luego agrega “Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes. Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de “amores, amigo!”, Díaz Arrieta concluye: “He ahí el tono. Ningún enternecimiento fuera de lugar; quiere ser libre y que no lo incomoden” (38).

¹⁰ En su carta del 4 de septiembre de 1832, por ejemplo, Portales escribe a Garfías: “Nunca se incomode usted con la mujeres, porque yerran en cualquier cosa que no sea su costura, su canto y las demás ocupaciones del sexo: en lo demás están expuestas a no acertar por su inexperiencia”. Citado por Faundes de *Ideas y confesiones de Portales*, Raúl Silva Castro, Santiago: Editorial del Pacífico, 1954. 99.

con todas las conveniencias e irme a vivir a su lado para que ella no sufra y yo tampoco haga sangrar tan amargamente mi corazón (3: 393).

En esta misma carta, Portales usa deliberadamente el adjetivo posesivo en primera persona para referirse a los hijos comunes –nuestros hijos– e incluso elige la expresión “nuestra familia” para caracterizar una relación que dos años atrás calificara de “historia tan desagradable” (2: 200). Agobiado por el remordimiento de haber impuesto a Constanza “con toda injusticia una terrible vía crucis”, imagina una tierna utopía conciliadora donde la armonía y el afecto reemplazan el impacto violento del rechazo: “Noches enteras he pasado sin pegar mis ojos, sintiendo a Constanza a mi lado, teniendo a los niños cercanos a nosotros, unidos todos en familiar afecto” (3: 394).

Como alternativa a las versiones historiográficas ingenuas, Marta Blanco problematiza los supuestos de género que sustentan la relación amorosa entre “la polaca” y “el ministro”. La novela critica el orden patriarcal incorporando desde el comienzo una versión de los hechos que la mayoría de los historiadores se ha negado a discutir: la perspectiva sistémica o interaccional del vínculo. Si bien la autora no descarta el retrato apasionado de Nordenflycht –“Yo sentí una pasión loca por ti” (23)– rechaza la propuesta binaria de una identidad femenina enraizada en la seducción, capaz de imponer su pasión y gestar tres hijos en contra de la voluntad de Portales. Blanco presenta al lector un lado del destacado personaje histórico más afín con la del “temperamento vigorosamente sensual” que Encina percibe en su epistolario: “... viudo que fuiste a alardear a mi ventana, a dar saltos de gallo en celo, a encantarme con tus zamacuecas y tus virajes de pájaro emplumado” (23). Blanco deja en claro que, si Encina estaba en lo cierto y Constanza efectivamente “concibió por él una violenta pasión” (109), esta fue una pasión correspondida por el ministro: “... pertinaz amor *nuestro*” (22). El texto femenino es nuevamente validado por el testimonio del testigo anónimo masculino, quien revela la incomodidad que siente al verse atraído por una mujer cuyo fuerza erótica subvierte esquemas tradicionales de sumisión:

Y es que esa mujer echaba olor como una santa, pero no de santidad precisamente... le brotaba un calor que atravesaba su calavera y le traspasaba esa piel de papel de arroz, uno lo sentía, yo bailé con ella una vez y quedé un poco nervioso, le confieso. Eso fue lo que lo volvió loco [a Portales]... Se inventaba asuntos de negocios para ir de visita. Mandaba botellones de miel de palma chilena, quesos de cabra, espejos de Venecia... Se obsesionó... No podía vivir sin ella (145).

La versión ficcionalizada de la relación entre los amantes propone además, una justificación alternativa al embodegamiento de Constanza que se propone

Portales. La protagonista se burla de la noble razón que esgrime el padre de sus hijos para llevar a cabo su cruel plan –asegurar el futuro económico de sus hijos– y denuncia la existencia de un imaginario masculino que proyecta en la mujer la esencia del vicio y el pecado. Portales, en la versión de Blanco, quiere embodegar a la Constanza por desquite, porque su lascivia lo ha embrujado: “Quién te crees que eres Constanza Nordenflycht, no voy a vivir pegado a ti como un cordero a causa de esos ojos de catacumba sumidos en la sombra de tus ojeras” (90). “No seré yo el que no pueda olvidar a una mujer, juraba en sus furores, sin saber cómo desprenderse de ella... Quién te mandó a desordenarme la vida... Esta no es hora de amores, déjame en paz” (91). Como contrapunto, el testigo anónimo ofrece su versión: “Esa manía de clavar los ojos como una ciega. Por eso decidí embodegarla en la casa de la tía. Le había llegado al pihuelo” (145).

El cuestionamiento de la narrativa histórica considerada legítima analizado hasta aquí corresponde a un recurso que Seymour Menton descubre en el subgénero de la nueva novela histórica latinoamericana: la proyección de una versión dialógica, en el sentido bajtiniano, que incorpora dos o más interpretaciones de los hechos ocurridos, de la vida de los personajes y de la visión del mundo representado (44). Desde esta perspectiva, el título del capítulo introductorio resulta especialmente acertado. “Amago en re” no es más que un amago de crónica historiográfica. La narración de tono épico, no siempre eulógica, que intenta representar la fundación de la república chilena, coexiste con el discurso autobiográfico, y ambos son opacados, a su vez, por la voz intrusa e irreverente del coro, el cual aporta versiones de la realidad que potencian su condicionamiento mutuo. Las múltiples voces narrativas de la novela contribuyen con una multiplicidad de discursos lingüísticos, hecho que representa la coexistencia de contradicciones sociales e ideológicas que se intersectan entre sí y superponen diferentes contextos históricos. En suma, si bien la novela de Marta Blanco “no es una certeza sino una interpretación”, como dice la misma autora, sí es una excelente reconstrucción polifónica de una historiografía chilena que no siempre ha sabido apreciar la riqueza conceptual de la acción sinfónica (Berger).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bakhtin, M.M. “Discourse in the novel.” *The Dialogical Imagination: Four Essays*. Austin: U. of Texas Press, 1981. 259-422.
- Berger, Beatriz. “Un espejismo verdadero.” *Revista de Libros. El Mercurio* (4 de enero. 2002): 4.
- Encina, Francisco A. “Portales. Bosquejo psicológico.” *Epistolario, de don Diego Portales. 1821-1837*- II tomo. Eds. Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1937-1938.

- Faundes, Juan Jorge. *Diego Portales. Dossier de un gran estadista*. Santiago: Zig-Zag, 1994.
- Guerra, Lucía. "Maldita yo entre las mujeres de Mercedes Valdivieso: resemantización de La Quintrala como figura del mal y del exceso para la "chilenidad" apolínea". *Revista Chilena de Literatura* 52 (1998): 47-65.
- Joycelyn-Holt, Alfredo. *'El peso de la noche': Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Marks, Camilo. "Un perro con las mujeres" *¿Qué pasa?* (27 de enero, 2002). <<http://www.quepasa.cl/>>
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Mora, Gabriela. "Discurso histórico y discurso novelesco a propósito de *La Quintrala*." *Inti. Revista de Literatura Hispánica* 40-41 (1994-95): 61-73.
- Promis, José. "La pulpa de la historia." *Revista de Libros. El Mercurio* (4 de enero, 2002): 4.
- Portales, Diego. *Epistolario de don Diego Portales. 1821-1837*, 3 tomos. Eds. Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1937-1938.
- Portales, Diego, Ernesto de la Cruz y Hernán Díaz Arrieta. *Portales íntimo. Las mejores cartas del gran ministro*. Santiago: Universitaria, 1930.

RESUMEN / ABSTRACT

Este ensayo se plantea como primera excavación de la identidad del personaje histórico chileno Constanza Nordenflycht y Cortés de Azúa, condenado al olvido en los registros del pasado, así como una exploración de la subjetividad femenina que propone la novela *La emperrada*, de Marta Blanco para el personaje ficticio del mismo nombre. Analizo el dialogismo entre el discurso de la protagonista y las voces públicas del "Dicen, por ahí", a la vez que reflexiono sobre la tensión entre dos registros discursivos –el historiográfico y el ficcionalizado– para desentrañar la naturaleza de la relación entre el ministro chileno Diego Portales y Constanza Nordenflycht, quien fuera su amante y madre de los tres hijos públicamente reconocidos por él.

UNRAVELING CONSTANZA: LA EMPERRADA BY MARTA BLANCO

This essay is conceived as a first excavation of the identity of the Chilean historical figure Constanza Nordenflycht, ignored in most records of the past, as well as an exploration of the subjectivity of the fictional character of the same name that appears in Marta Blanco's novel La emperrada. I analyze the dialogic nature of the various discourses, including the protagonist's and the multiple public voices of the choir which appear in sections entitled "They Say, Somewhere." I also reflect on the tension between the historical and the fictional discourses as a way to figure out the nature of the relationship between the Chilean minister Diego Portales and Constanza Nordenflycht, his lover and mother of the three children he publicly recognized during his life.